

## ESTRATEGIAS DE INTERVENCIÓN Y PENSIONES POLÍTICAS EN LA CULTURA LATINOAMERICANA DE LA POS GUERRA FRÍA

**María Eugenia Mudrovic**  
*Michigan State University*

When intellectuals can do nothing else  
they start a magazine. **Irving Howe.**

Volviendo sobre los pasos perdidos de la extinta revista *Encounter* (1953-1967) o de la no menos polémica *Mundo Nuevo* (1966-74), *Encuentro de la Cultura Cubana* aparece en 1996 cuando los rastros de la Guerra Fría parecían decididamente arrasados por el éxito que había alcanzado la retórica globalizadora. Financiada por la National Endowment for Democracy (NED) y la Fundación Ford, la "nueva" revista del exilio cubano se publica trimestralmente en España y aspira a circular "ampliamente dentro y fuera de Cuba" con un doble propósito: "no admitir límites ideológicos y políticos a la libertad de expresión" y promover una literatura cubana capaz de integrar la producción cultural de la Isla con la que se realiza fuera de Cuba. *Encuentro* dice "oponerse tanto a la estrategia del Gobierno cubano" como "a las tesis más excluyentes del exilio [de Miami]". Y a pesar del origen de los subsidios que recibe –para muchos la deuda que contrae con instituciones como la NED o la Fundación Ford compromete toda aspiración de autonomía política–, se presenta como una revista moderada que abraza una causa transnacional y reclama para sí una posición "integracionista" o "tercerista" en el clima de nuevos desafíos emergentes de la pos-Guerra Fría<sup>1</sup>.

Con el objeto de interrogar el meta-relato de la democracia con el que la revista legitima su intervención en el campo intelectual cubano, el presente trabajo se propone analizar las estrategias que, vigentes durante la Guerra Fría, adquieren hoy curiosa continuidad en el mapa cultural latinoamericano. ¿Cómo se inscribe una revista como *Encuentro* dentro de la lógica globalizadora? ¿Qué repite, corrige o agrega a las prácticas de intervención cultural ya ensayadas por

*Encounter*<sup>2</sup> y/o *Mundo Nuevo*<sup>3</sup> en plena Guerra Fría? ¿Cómo se redefinen las relaciones de poder que imponen estas prácticas de intervención económica y política?

Desde la década de los 80s, especialmente después de la revolución sandinista, EE.UU. suspendió las remesas que tradicionalmente había enviado a dictaduras y "gobiernos amigos" de América Latina y, en su lugar, comenzó a subvencionar a Organizaciones No Gubernamentales cuyos programas de promoción prometían el desarrollo de "sociedades civiles" o "instituciones democráticas". Esta nueva política de subvenciones no impidió sin embargo que, en su afán de mantener la hegemonía sobre la región, siguiera estrechando vínculos con las fuerzas militares locales, o utilizando organismos hemisféricos de participación como la OEA, la AIFLD y, más tarde, la National Endowment for Democracy (NED). "La mera existencia de democracias en una parte del mundo –dijo el entonces Secretario de Estado George Schultz ante el Congreso cuando presentó el cuestionable "Proyecto Democracia"– es incentivo suficiente para que la democracia crezca en otra" (cit. en Cavell 88). En este punto de articulación, la National Endowment for Democracy se perfila como organismo destinado a cumplir un rol central en la cruzada internacional de expansión democrática a la que se refería Schultz.

¿Qué es la NED? y ¿cómo exporta democracia? En su edición del 31 de marzo de 1997, el *NYT* la describe de la siguiente manera: "creada hace 15 años para llevar a cabo públicamente lo que ha hecho subrepticamente la Agencia Central de Inteligencia durante décadas, gasta 30 millones de dólares al año para apoyar partidos políticos, sindicatos, movimientos disidentes y medios noticiosos en docenas de países" (Broder 1). Especie de versión CIA-free del Congreso por la libertad de la Cultura, la NED sigue poco más o menos la receta de aquella legendaria mega-organización de la Guerra Fría que operó entre 1950 y 1967 en 35 países a través de la subvención de más de 20 publicaciones, la emisión de propaganda y programas de radio y televisión, la organización de congresos, la cooptación de centenares de intelectuales (cautos e incautos), y la distribución de pensiones, premios y promociones a todo aquel llamado a endosar los trajinados valores anticomunistas y norteamericanos sin cuestionar la red de espionaje que con menos ingenuidad que cinismo muchos eran conscientes de estar alimentando. La idea de resucitar una de las más activas instituciones de propaganda cultural de la Guerra Fría tuvo origen en "Operación Democracia", la propuesta que Ronald Reagan puso en marcha después de que la serie de escándalos que ventilaban las actividades clandestinas de la Central de Inteligencia en los 70s obligaron a Jimmy Carter a dismantelar el

Congreso por la libertad de la cultura. Convencido de que la administración Carter había "emasculado" los servicios de inteligencia en el exterior, Reagan, ni bien electo presidente, comisionó a un grupo de transición liderado por el futuro director de la CIA, William Casey, para explorar cómo montar "una infraestructura para promover la democracia" (Reagan 767). Entre las recomendaciones del grupo figuraba la creación de un organismo no-gubernamental sin vínculos visibles con la CIA cuyos programas trabajarían para garantizar las aspiraciones de hegemonía ideológica y económica de los Estados Unidos. Así nació la National Endowment for Democracy. En un discurso ante el parlamento británico el 8 de Junio de 1982, Reagan habló por primera vez de esta "Cruzada por la libertad" con un lenguaje cargado de lugares tomados en préstamo a la retórica de la Guerra Fría. Según Reagan, Estados Unidos debía contrarrestar el autoritarismo soviético recurriendo:

a una infraestructura que promocionara la democracia –un sistema de libertad de prensa, gremios, partidos políticos, universidades– para que los pueblos eligieran por sí mismos, desarrollaran su propia cultura, y reconciliaran sus diferencias de manera pacífica (Reagan 767).

Con la aprobación del Congreso en noviembre de 1983, la NED quedó así oficialmente constituida como una organización "sin fines de lucro, no-gubernamental, bipartidista, que a través de un sistema de becas y subsidios [iba a ser montada] para asistir a las instituciones democráticas del mundo" (cit. en Raman). Al declarar ante el sub-comité de Operaciones Internacionales y Derechos Humanos del Congreso en 1997, Carl Gershman, presidente de la NED, afirmó: "El trabajo de la fundación se basa en una proposición muy simple. Donde hay gente que comparte nuestros valores que pueden llamarse amigos naturales de América, entonces es nuestra obligación ayudar a esta gente de alguna manera" (cit. en Raman). La descripción que propone Ken Sanders es acaso menos filantrópica pero más convincente: el objetivo [de la NED], escribe en "Imperialist in Democratic Clothing", "no es tanto proteger la democracia como continuar enriqueciendo las corporaciones norteamericanas" (Sanders).

Los primeros 18,8 millones de dólares aprobados por el Congreso para el año fiscal 1983-1984 fueron canalizados a través de los cuatro "conductos centrales" que forman la estructura de distribución de fondos de la NED: el Instituto Nacional Democrático de Asuntos Internacionales (representando al Partido Demócrata); el Instituto Republicano Internacional (Partido Republicano); el Centro de Solidaridad Laboral Internacional (AFL-CIO); y el Centro de la

Empresa Privada Internacional (Cámara de Comercio de EE.UU.). Generalmente las remesas de la NED terminaron subvencionando a "grupos en el extranjero que trabajan por los derechos humanos, los medios independientes, la vigencia del derecho y una amplia gama de iniciativas de la sociedad civil" (portal de la NED en la red, mayo 2003, cit. en Agee). Pero ni la política de subsidios ni la retórica celebratoria en torno a la "democracia de libre mercado" que decían estar llamadas a cumplir a nivel mundial lograron desviar la atención de las contradicciones que alentaba una organización como la NED. En primer lugar, su estatus gubernamental o cuasi-gubernamental. Lejos de ser la organización no gubernamental (ONG) que declara ser –un rótulo tan útil como imprescindible para sortear las sospechas de beneficiarios y colaboradores externos, o para escaparse internamente de rendir cuentas ante el Congreso–, la NED es (mal que le pese) un organismo oficial que subsiste gracias a los “dineros federales” que recibe a través de la Agencia de Información de los Estados Unidos (USIA). Los fondos complementarios del sector privado y corporativo que empezó a recibir a partir de 1994 son ciertamente una porción menor del presupuesto anual que proviene en forma desproporcionada del erario público. Paradójicamente después de la caída del muro de Berlín en 1989, la sensación de triunfo que acompañó el llamado "fin de la Guerra Fría" no logró reducir el presupuesto asignado a la NED cuyos fondos fueron duplicándose con el paso de las décadas: los 16 millones que recibió en los años 80 se convirtieron en 30 en los años 90 y se dispararon a 60 en nuestra década (Raman; Chomsky).

Hija tardía de la Guerra Fría, la NED consolida su intervencionismo cultural a partir de los 90s despertando polémicas desde la derecha y la izquierda tan o más acaloradas que las que en otro momento había generado el Congreso por la libertad de la Cultura. Bárbara Conry, analista del Instituto Cato, ataca la autonomía con la que la fundación decide cuestiones de política exterior en un contexto histórico que ya no parece justificar su existencia. Es “un cañón suelto de la política exterior norteamericana”, “una reliquia de la Guerra Fría” (Conry). Acaso la supervivencia de una organización tan problemática como la NED se deba a la eficacia con la que ha sabido re-definir su arsenal simbólico de intervención. El legendario anti-comunismo del Congreso sigue vigente aún en los programas de la NED pero ahora, como afirman Miller y Yúdice en otro contexto, aparecen desplazados por una retórica que no privilegia valores culturales sino más bien económicos y comerciales (46). El giro hacia la celebración del libre mercado que nutre el *ethos* de la política norteamericana en su búsqueda por alcanzar y afianzar la hegemonía

de un orden global económico tiene origen en la administración Clinton y sobrevive en lo esencial hasta la caída del sistema financiero en el 2008.

El nuevo canto de sirenas que Estados Unidos entonó en defensa de las instituciones democráticas del mundo consolida un megarrelato que no podía acomodarse mejor a los fines prácticos de una política exterior de corte maximalista que se atribuye para sí los más altos estándares de moralidad. Para hablar de esta reconfiguración propia de la pos Guerra Fría, William Clark acuña la frase "imperialismo filantrópico" pero la derecha neoconservadora norteamericana prefiere, claro, hablar de otro modo, y la llama "hegemonía benévola" (Fukuyama). Se defina como se defina, lo cierto es que la palabra "democracia" circula como un universal irresistible o como condición a la que se aspira *by default* (Fukuyama) acaso por tratarse de uno de esos conceptos difíciles de definir pero fáciles de usar (o abusar). De ahí la importancia que tiene preguntarse con William Blum ¿qué es "esa cosa" que Estados Unidos llama "democracia"? A lo largo de los años Washington tiende a asociar 'democracia' con elecciones y libertades individuales, es decir, con el tipo de democracia llamada formal o política en desmedro de la democracia sustantiva que además de los derechos civiles tiene en cuenta también el derecho al trabajo, a los alimentos, a la educación y a la vivienda. "La máquina de la política externa norteamericana se ha nutrido – concluye Blum– no con la devoción a la democracia sino con el deseo de: 1) hacer que el mundo ofrezca más seguridad para las corporaciones transnacionales americanas, 2) mejorar internamente la situación financiera de los contratistas de defensa, 3) impedir que una sociedad que represente una opción al modelo capitalista sirva de ejemplo exitoso a otras sociedades, 4) extender en lo posible la hegemonía económica global de Estados Unidos, y 5) liderar una cruzada moral contra... la satánica Conspiración Comunista Internacional" (Blum).

Sin duda, este tipo de "democracia" reducida sólo a términos políticos es también la que usan los programas de la NED, entre ellos, la revista *Encuentro* lanzada para encarar "el problema cubano". Específicamente, la fundación piensa su política hacia Cuba de acuerdo a las coordenadas que aparecen delineadas en el reporte que publicó en 1998 sobre América Latina y el Caribe cuya sección sobre Cuba dice lo siguiente:

La visita del Papa Juan Pablo II a Cuba, que tuvo lugar en enero de 1998, llevó un mensaje de inspiración al pueblo cubano y contribuyó a reforzar la presencia de la iglesia. A pesar de las esperanzas que la visita incitaría a una apertura política en la isla, continúa la represión política. A los grupos

disidentes se han unido asociaciones independientes de periodistas, doctores y artistas en su oposición al régimen, y cada vez más, el movimiento disidente se ha extendido fuera de La Habana hacia otras partes de Cuba. La estrategia de la fundación ha sido apoyar y fomentar estas formas diversas, incipientes, de sociedad civil al proporcionar fuentes independientes de información a diversos grupos y aumentar el conocimiento fuera de Cuba de estos esfuerzos. Por ejemplo la NED apoyó la publicación *Encuentro de la Cultura Cubana*, una revista de humanidades de publicación trimestral que edita el estimado escritor cubano Jesús Díaz, la cual recibe contribuciones escritas de intelectuales, académicos y de la cultura de la isla y circula ampliamente dentro y fuera de Cuba. Otra agencia que recibe fondos de la fundación, CubaNet, apoya a periodistas independientes en la isla y a asociaciones de medios de difusión independientes para que publiquen y distribuyan sus artículos a través de Internet. CubaNet también ayuda a grupos cubanos como a las cooperativas de campesinos independientes y a los sindicatos de trabajadores independientes, fundados recientemente, para que se pongan en contacto con grupos extranjeros y cubanos de criterios semejantes. (NED 1998 *Annual Report*, cit. en García Miranda).

La política hacia Cuba no parece admitir ambigüedades. El rol que se atribuye la fundación es triple: 1) "fomentar" la "disidencia interna" o la "sociedad civil", (una de las palabras más caras a la retórica de la pos Guerra Fría); 2) "proveer" fuentes "independientes" de información (y como ejemplos menciona a *Encuentro* [Madrid] y CubaNet [Miami]); y 3) "difundir" dentro y fuera de Cuba los "esfuerzos" de "la oposición al régimen". En el caso de Cuba, la NED actúa como lo que dice ser: "a network of networks" entre un "adentro" opositor y un "afuera" exiliado políticamente homogéneos (cit. en la página web de NED).

Las marcas de esta "filosofía" que busca alimentar la disidencia interna para provocar "the breakdown of authoritarian rule and peaceful political change" (cit. en la página web de NED) no son visibles aún en la "Presentación" del primer número de *Encuentro* aunque sí emergen sin falsos pudores a lo largo del corpus de artículos. En el editorial, la revista trimestral lima toda arista política para que el lector crea que se trata, como dice, de un "espacio abierto" donde se debate "el presente, el pasado y el futuro de Cuba" en un momento en el que "la nación" se divide en "dos bandos... presentados como irreconciliables". Para *Encuentro* resulta "evidente" que "la cultura cubana es una" y que además es "vital", "diversa", e "internacional". Antes de cerrar la presentación, la revista asegura a los lectores tres cosas: la primera, que "no representa ni está vinculada en modo alguno a ningún partido u organización política de Cuba o del exilio", la segunda, que no va a publicar "ataques personales ni llamados a la violencia" y la última, que en la selección de colaboraciones tendrá sólo en cuenta (y cuando dice esto reproduce uno de los lu-

gares más frecuentados por las publicaciones de la Guerra Fría cultural) "un criterio de calidad" ("Presentación" 3). En su economía, el texto no parece dispuesto a ofrecer demasiados detalles. Define la revista por lo que no es y no por lo que quiere o aspira a ser: una publicación que, a juzgar por las promesas que se atropellan en el cierre, se piensa a sí misma como foro independiente, civilizado y autónomo. Pero el binarismo que estructura el programa editorial apuntala la emergencia de un tercer término más o menos invisible (sólo aparece como topografía de la firma) aunque es central dentro de este esquema de diferencias irreconciliables. Madrid, esa suerte de "justo medio" entre La Habana y Miami, aparece como garantía de la "posición tercerista" que funcionó, al menos inicialmente, como *motto* fundacional de la revista<sup>4</sup>.

A pesar de surgir sólo tímidamente en la "Presentación", una especie de *nosotros* atraviesa nítidamente los artículos de *Encuentro*. ¿A quiénes designa ese *nosotros*? ¿A quién nombra esa primera persona plural que construyen los textos políticos? Definida como una "revista de amigos" por Jesús Díaz, su director fundador, el lugar que nombra el colectivo remite en primera instancia a la "generación del silencio", un grupo nucleado en torno a la primera época de *El Caimán Barbudo* y de *Pensamiento Crítico* que en los años 90s, después de considerarse "intelectuales orgánicos de una revolución tan cubana como las palmas", termina por "asumir el exilio como destino". La diferencia no es sutil. El *nosotros* de *Encuentro* se identifica con esa diáspora pos-revolucionaria que también se define como pos-castrista, es decir, un exilio que simbólicamente y políticamente intenta tomar distancia, e instalarse más allá de la retórica anticastro asociada con la derecha cubano-americana de Miami. Inicialmente al menos, *Encuentro* se propone no declarar la guerra a Fidel. "Obviar a Castro", instruye Rafael Rojas (2001). Pero el slogan, más retórico que doctrinario, termina por estallar contra el registro militante que cae en la trampa que la revista quiere evitar a toda costa. Y aquellos matices que prometían una colocación compleja entre los espacios del saber y la política, desaparecen arrasados por el carácter excluyente de los dos frentes en conflicto.

Ningún discurso sobre la amistad —es la hipótesis de Derrida— puede librarse de caer en la retórica del epitafio. Tampoco *Encuentro*, como la revista de amigos que dice ser, escamotea espacio a la palabra fúnebre: amistad y muerte estructuran el dossier a Gutiérrez Alea, el homenaje a Gastón Baquero o el número dedicado al mismo Jesús Díaz a quien la revista (después de su muerte en el 2002 y bajo la co-dirección de Rafael Rojas y Manuel Díaz Martínez) le dedica el homenaje del número 25. La muerte de los amigos, despojada de

connotaciones políticas, logra lo que la revista nunca consigue: esto es, olvidar las diferencias que separan "el acá" del "allá" (una división que en este contexto convoca categorías ideológicas antes que geografías específicas). Suspendida así la retórica del desdén que define la relación entre los de afuera y los de adentro, el registro de la emoción domina el tributo-obituario (de que otro modo llamarlo?) donde Ambrosio Fornet describe el "estupor" que produjo "aquí, entre sus amigos" el exilio de Jesús Díaz: "yo no entendía –no entiendo, tal vez no quiera entender– por qué Jesús se embanderó como vocero de un exilio que no era el suyo y al que, en definitiva, llegó demasiado tarde" (46).

Presente en la forma y el tono de muchos de artículos y entrevistas, un *esprit de corps* domina entre los colaboradores y además de sellar un pacto entre "hermanos políticos", proyecta sobre la fragmentación una suerte de unidad no exenta de contradicciones. Desde afuera *Encuentro* se autoasigna la misión de "analizar críticamente tanto la revolución como el pasado personal, sin dejar por ello [de sentirse] hombres de izquierda". Los relatos de fuerte sesgo anecdótico van entonces a imprimir la marca visible al juicio sumario que las páginas le inician a la revolución cubana porque decir "yo" en *Encuentro* no sólo atrinchera el lugar de enunciación, también politiza el sistema de relaciones de amistad o parentesco fuertemente tramadas desde ese sujeto expoliado. La política es la mirada y el objeto central de las prédicas sobre Cuba y también es inevitablemente político el criterio que guía la selección de lo que se analiza o se deja de analizar en la revista.

Ese mismo *nosotros* se constituye también sobre la base de un relato retrospectivo que organiza linajes literarios y paternidades, como los que la revista teje en torno al nombre obligatorio de Martí – "el intelectual público por antonomasia de la historia de Cuba", "ese raro estadista... capaz de afirmar que 'vivir en el destierro' es como 'tallar en las nubes'" (Rojas 2000, 81). O las afinidades que reconoce en la no menos imprescindible *Orígenes* (1944-56) no tanto porque sea una de las publicaciones literarias "más refinadas que se hayan producido en Cuba" (82) sino porque *Encuentro* valora en la revista dirigida por Lezama Lima "un ambicioso proyecto cultural emprendido al margen del Estado por un grupo selecto de poetas" (82-3). Todo sistema de lectura –escribió Sarlo– es a la vez una máquina que revela y una máquina que oculta (48). ¿Cómo lee la revista estos linajes? o mejor ¿qué lee en ellos? La literatura en *Encuentro* es siempre una excusa para "reflexionar" o "explicar" el presente político de Cuba. Sólo importa en la medida que hace política, habla de política, o llega a ser una metáfora política<sup>5</sup>.



Y frente a los que se dicen "herederos de la Revolución y del Exilio" (Rojas 2002) ¿quién es el *ellos* de ese *nosotros*? Si se llama enemigo a "la diferencia ética" que se hace pública (el concepto de un enemigo privado sería un contrasentido [Derrida 1998, 105]), "la ciudad letrada en Cuba" (o lo que *Encuentro* identifica como tal) ocupa sin duda ese lugar privilegiado de la diferencia: "Hablar hoy de grupos intelectuales en Cuba, de una ciudad letrada –afirma Rafael Rojas en el primer número– es aferrarse a una ficción estéril. Desde *Lunes de revolución* o el primer *Caimán Barbudo* no ha existido en la isla eso que Ignacio Miguel Altamirano llamaba una República de las Letras" (42). Desde el principio, *Encuentro* entabla una guerra de palabras que pone en juego el derecho a monopolizar el sentido de Cuba. Y representar a Cuba equivale, en este contexto, trazar –literaria, política y económicamente– el mapa de una geografía imaginaria donde la revista pueda al fin acceder a la "propiedad" (entendida en sus dos sentidos) de nombres o palabras, reflexiones o ideas. "Contar Cuba" es dar vuelta (como un guante) el afuera y el adentro: *Encuentro*, "una revista sin país", fantasea con "rescatar" a la nación cubana prófuga, y a la deriva después de haber sido expulsada (como una balsa) de la Isla revolucionaria. Semejante construcción del *ellos* (que lucra con los réditos simbólicos de un *nosotros* convertido en una suerte de "hermanos al rescate") proyecta una continuidad que, como ocurre con otros núcleos representacionales, escala en violencia a medida que la revista suma números.

La idea de negar a La Habana status de "ciudad letrada" que Rojas lanza como provocación en el primer número es recogida y exasperada en la propuesta que hace Enrico Mario Santí pocos números después. En "Cuba y los intelectuales: una reflexión necesaria" los superlativos saturan la tipología del "ex-colaboracionista" convocando lugares propios del discurso apocalíptico (Angenot). Santí exige al intelectual "converso" que "se voltea hacia un nuevo Dios" para salvarse de otro que le ha fallado, una suerte de "reflexión" o "testimonio honesto [de lo] que cada uno de nosotros llegó verdaderamente a significar 'dentro de la revolución'" (94-5). Una confesión semejante premiaría habermasianamente al confeso con "la credibilidad que su [nueva] actuación pública reclama" (95). Y después de leer lo que Santí llama "mi propuesta", el lector tropieza con la siguiente afirmación: "Una interpretación simplista de mi propuesta llegaría a la conclusión de que lo que pido es una cacería de brujas, versión liberal de las mismas autocríticas a las que nos acostumbraron Stalin y Castro bajo los nombres de Bujarin y Padilla". Y la pregunta surge sin remedio: ¿es posible no caer en el pecado de simplicidad que Santí condena? Lo reflexivo al final se cumple pero

no como autocrítica sino en el sentido borgeano de los dobles y los espejos: el destino del *nosotros* parece condenado a no dejar de ser *ellos*<sup>6</sup>. Frente a Cuba (*Encuentro* tiende a llamarla "la Isla" con un gesto de diferenciación que no es sólo marginalmente político), la revista compete, cabildea, condena, conspira, especula. Y es en el espacio de cruce de estas *performances* donde busca intervenir, no sin cierto grado de candor, en la realidad cubana.

A partir del No. 18, dedicado a Miami, *Encuentro* abandona la posición tercerista que le había servido de bandera<sup>7</sup>. El pacto que sella con "la capital del exilio cubano" no sólo supone el cambio de meridiano cultural: para *Encuentro* cruzar el Atlántico tiene un precio político que no es fácil desdeñar<sup>8</sup>. En la presentación del dossier, la revista asume redentoramente la misión de "des-demonizar" al exilio miamense. "En muchos sectores de Cuba, América Latina, Europa e incluso de Estados Unidos –afirma Jesús Díaz– la simple mención de su nombre [Miami] se asocia automática y exclusivamente a las mafias, la intolerancia, el odio y la sed de venganza con respecto a Cuba. Lo cierto es, sin embargo, que el Miami cubano constituye la comunidad exiliada más exitosa de la historia contemporánea... En un futuro democrático de economía abierta, Cuba no podrá darse el lujo de prescindir del capital y la experiencia acumulados por los hermanos de Miami" (7). Para *Encuentro* Miami es "capital" en los tres sentidos posibles: el económico, el simbólico y el geográfico<sup>9</sup>. Un triple centro que se instala más allá de las aberraciones que saturan el orden de lo moral para abrazar otro lugar ideológico regido exclusivamente por el dinero. Ahí es donde el interés aparece regulando los vínculos de fraternidad que traba *Encuentro* con la diáspora miamense (una alianza histórica y económicamente interesada con "los hermanos de Miami"). Consciente o no, la proyección freudiana de una hermandad como ésta –en el sentido que propone *Totem y Tabú*– bien podría aludir a los hijos del "padre de la horda" que se transforman en hermanos después de compartir el cuerpo desmembrado del "padre inhumano". En el mito, la "religión" de los hermanos sucede y renueva a la del padre. En la revista, la fantasía de una transición al capitalismo en Cuba parece narrarse en los mismos términos.

Y a los encantos irresistibles del(a) capital le sigue la exaltación y el reconocimiento del "éxito", un concepto-aura que la revista manufactura a partir de tres fetiches: la excepcionalidad de la inmigración cubana, la resistencia a la integración cultural que diferencia una oleada inmigratoria de otra, y "el poder electoral del voto del exilio" (que ahora no necesita ir a Washington porque Washington va a la Florida). Lo paradójico es que lo que da cohesión al exilio miamense

no es el lenguaje del "éxito" sino el lenguaje muchas veces reprimido de un "gran fracaso": "no haber podido incidir en la realidad de la isla. [O] más claramente y en buen romance: no haber tumbado a Fidel" (de Aragón 78). Acaso por ser una ciudad capaz de vivir a la medida de la imaginación del destierro (donde el tropicalismo se combina con la estabilidad institucional, ofreciendo –como afirman Beverly y Houston– “una mezcla manuable y (económica) de lo abyecto y lo familiar, violencia azarosa y baños limpios” [422]), Miami se consume en dosis proporcionales de una nostalgia siempre reducida a mercancía. ¿Dónde en esta ciudad terminan "las ruinas" –se pregunta Armengol en el dossier del número 33 como si estuviera hablando de La Habana– y empieza "el futuro"? (163).

A partir del abandono del "centrismo", *Encuentro* "hermana" esfuerzos y estrecha alianzas con la red de medios anti-comunistas subvencionados por la NED, un conglomerado de características comparables al que en otro contexto –el de la Guerra Fría– uno de los oficiales del Congreso de la Libertad de la Cultura llamó con acierto "notre grande famille" (Coleman 183). En el año 2000, la Asociación Encuentro de la cultura cubana lanza *Encuentro en la red*, un periódico digital que pone fin al pacto inicial de civilidad, acercándose a la agresividad del lenguaje y de las posiciones identificadas con la derecha miamense<sup>10</sup>. *El Nuevo Herald* no tarda tampoco en sumarse a esta estructura de fertilizaciones mutuas, estableciendo con *Encuentro de la Cultura Cubana* y *Encuentro en la red* un intercambio desinhibido de notas y colaboradores. Los mismos nombres aparecen también en la *Revista Hispano Cubana*, órgano oficial de la Fundación Hispano-Cubana, y en Radio Martí, la emisora anticomunista financiada por los Estados Unidos, que además de amplificar el efecto de resonancia de los mismos nombres y contenidos, festeja en *Encuentro* la trayectoria de "una revista democrática, sutil... muy peligrosa" (Cit. en García Miranda, secc. 12)<sup>11</sup>.

Un año antes del lanzamiento de *Encuentro*, un documento secreto de Washington, *Essentials of Post-Cold War Deterrence*, develaba "cómo Estados Unidos había desplazado el centro de su "estrategia de disuasión" de la extinta Unión Soviética a los llamados *rogue states* como Iraq, Libia, Cuba y Corea del Norte" (cit. en Chomsky 2000, 20). El uso de "rogue" en el sentido de "desafiante" o "bandido" no podía servir de mayor excusa para justificar la violencia de aquellos "estados niñeras" que, como Estados Unidos, aspiraban a convertirse en nuevos guardianes del orden mundial. Las contradicciones que emanaban de semejante recambio de estrategia resultaban cínicas (como mínimo) para Chomsky: "Cuba podía ser considerada un estado bandido por su supuesta participación en el terroris-

mo internacional pero Estados Unidos no caía bajo la misma categoría a pesar de sus persistentes ataques terroristas contra Cuba a lo largo de casi 40 años" (Chomsky 2000, 29). Aún hoy Cuba sigue figurando en la lista de *rogue states* o estados terroristas emitida por los Estados Unidos. ¿Quién es terrorista –se pregunta retóricamente Derrida– el nombrado o el que asume el derecho de nombrar? En el contexto hipercripado pos-09-11, *Encuentro en la red* se lanza a acusar con los que acusan adoptando un discurso de incitación saturado de voluntarismos que parecen ignorar su propio énfasis: "La lucha contra el terrorismo es una mala noticia para el Gobierno cubano. Se trata de un Gobierno que creó en La Habana, en 1966, la primera Internacional terrorista que conoce la Historia, la Tricontinental; el Gobierno cubano siempre ha estado vinculado a esos movimientos narcoguerrilleros, por una parte, o narcoterroristas por otra, o terroristas a secas en algunos casos, y todo el mundo sabe que existen estos vínculos especiales entre Cuba y esos grupos", dice Carlos Alberto Montaner en una entrevista publicada a principios del 2002 (Añel, sec. 5).

Cambiar el centro de gravedad y redirigirlo contra los *rogue states* no fue el único signo que marcó el inicio de la pos-Guerra Fría. Chomsky enumera tres factores que condicionan lo que se conoce como el colapso del sistema Bretton Woods o fin de la "época dorada del capitalismo moderno": la liberación de los mercados y la desregulación de las tasas de cambio que precipitaron la ruptura del contrato social vigente después de la Segunda Guerra Mundial, el uso instrumental de la Declaración Universal de los Derechos Humanos por parte de los estados guardianes y el creciente rol de la fuerza en asuntos de política internacional como consecuencia de la suspensión del compromiso de no-violencia sellado por las Naciones Unidas. Y gravitando sobre este conjunto socioeconómico o esta suerte de "religión" de los mercados: las expectativas domesticadas de una mayoría que renuncia a la búsqueda de alternativas frente a la universalidad de la que goza el libre mercado. La frase "cruel" de Margaret Thatcher –"There is No Alternative"– se transforma de esta forma en slogan legitimador del modelo dominante de globalización corporativa. Y aunque los costos sociales resultan demenciales, pocos estados parecen dispuestos a "quedar fuera" del juego globalizador. ¿Qué requisitos de ingreso se les impone? Si la guerra fría recurría a "la amenaza soviética", la lucha ahora está orientada a defender ese "tipo de democracia *made-in-America*" que, bajo el control de una élite local cautiva de los intereses norteamericanos, se propone como modelo eficaz para garantizar el acceso privilegiado de los EE.UU. a la explotación de recursos nacionales. Thomas

Carothers habla de "top-down forms of democracy that leave 'traditional structures of power' in place, namely those with which the US has long had good relations" (cit. en Chomsky 2000, 91-2). En cualquier caso, los así llamados "estados democráticos" actúan bajo dos mandatos precisos: privatizar el poder y las ganancias, por un lado, y socializar, por otro, los altos riesgos derivados de la liberación de los mercados.

Pero "la pregunta del nombre" –¿qué ocurre hoy "en nombre de la democracia"?– no es por cierto la única pregunta a formular. Si se piensa en el dispositivo retórico que monta *Encuentro* en torno a esa "gran palabra" que es democracia, quizá resulta útil preguntar también, como ya lo hizo alguna vez Derrida, si es posible "hablar democráticamente de la democracia". O, lo que es lo mismo, si se puede hablar de democracia sin caer en autoritarismos. Preguntas como estas, al menos en el caso de *Encuentro*, sólo admiten una respuesta negativa. La revista denuncia el dualismo maniqueo como manifestación de la frustración nacional pero no lee sino desde una política de la exclusión. Asume que la "Democracia" está "destinada" a ocupar el lugar que la "Revolución" (y las mayúsculas convierten los dos nombres en fetiche) dejará vacante en un futuro inminente<sup>12</sup>. Dando por descontado lo inevitable de este futuro o lo universal de ese deseo, la revista nunca arriesga fechas o propone una definición de democracia. A la hora de la "reconversión mental" prescrita por la globalización, el pos-heroísmo triunfante la ayuda a dejar atrás los "lastres del entusiasmo revolucionario" y, liberada de esos inconvenientes "espectros de Marx", *Encuentro* hace suyo el idioma y la fe de la eficacia (Monsiváis 109). Porque si hay algo que la revista hace sin caer en contradicciones es construir la figura de una sociedad civil cubana alentada por esa suerte de "himno supra-nacional" que canta las bondades del mercado, acusa de terrorista al "castrismo" y espera ansiosa la llegada de la utopía democrática.

Como cualquier otra industria, la industria de la oposición (Agee la llama "industria ligera del anticastrismo subvencionado") también necesita vender sus productos en el mercado. "Fabricar consenso" en torno a estos núcleos de sentido es parte de esta vasta máquina publicitaria capaz, entre otras cosas, de fijar agendas públicas, inventar crisis, desandar la historia e imaginar estampas de un futuro (literalmente) más luminoso para Cuba. Y como todo juego simbólico, también a éste lo rigen ciertas reglas de oro. Una de ellas – primordial en la compra y venta de ideas– enseña que la sutileza de la buena propaganda radica en el hecho de que no se la tome por tal, es decir, que nadie sienta que está frente a un discurso cuya función es vender ideas a un lector/consumidor cautivo (Chomsky 8).

El lanzamiento de *Encuentro* no tardó en desatar la reacción inmediata de Cuba. En el informe del Buró Político presentado ante el Comité Central del PCC en 1996, Raúl Castro denunció la nueva "variante de la Glasnost que últimamente ha tenido algunas sutiles expresiones en Cuba" (19). Por un lado, alertaba sobre la proliferación de ONGs "disfrazadas" que hablan de "desarrollar la sociedad civil en comunión y comunicación con la comunidad exiliada" no para "derrumbar el castrismo en un día sino para transformarlo día a día" (19). Estas ONGs, decía recurriendo a una conocida metáfora militar, son "caballos de Troya" que "tienen como único propósito esclavizar de nuevo a nuestro pueblo y convertirlo en un Puerto Rico todavía más dependiente" (19). Por otro lado, denunciaba también la aparición no menos preocupante de "publicaciones sin recato que subastan no pocas de sus páginas" y que, a cargo de "quintacolumnistas" sirven "a los explotadores al acecho desde Miami" (22). Más allá del uso de una retórica que echa mano de muchos lugares ideológicos ya transitados durante la Guerra Fría, el informe sienta las bases de una política de la lengua que quiere deslindar "propiedades" sobre las "grandes palabras" en juego (en este caso, la serie sociedad civil-EE.UU.-capitalismo en oposición visceral a la serie pueblo-Cuba-socialismo), esas palabras que, entre otras funciones, sirven para diferenciar lo incompatible de las agendas políticas que separa al *ellos* del *nosotros*: "para nosotros, la sociedad civil no es a la que se refieren los Estados Unidos, sino la nuestra, la sociedad civil socialista cubana" (19).

*Casa de las Américas* tampoco eludió aclarar su posición frente a ese "visible instrumento" que es "la revista denominada *Encuentro de la cultura cubana*". En una nota del número 205 exhortaba a "repudiar estas maniobras dirigidas contra la cultura: de hecho contra la médula de la soberanía cultural –y de toda índole– de la Isla" (159). *La Gaceta de Cuba*, por su parte, publicó "¿Elefantes en la cristalería?" de Rafael Hernández, un análisis juguetón pero tenso que toma distancia del "dogmatismo" que atribuye al "discurso extremista liberal" de quienes, "en Miami o en Madrid, se otorgan la potestad de 'prefigurar la sociedad plural que deseamos para nuestro país'" (136). Según Rafael Hernández, esa "vocación de portavoces elegidos de la sociedad cubana" (136) que asume *Encuentro* no es ni realista (lo que obtura su ambición de intervenir en la isla), ni humilde (lo que deslegitima su voluntad de criticarla) ni representativa (que socaba el derecho de hablar en su nombre), ni nueva (porque "no pasa de ser una reverberación de viejos tópicos, hoy menos útiles que nunca para indagar los caminos de este mundo actual" [136])<sup>13</sup>.

Sólo en contadas ocasiones (el rechazo de la ley Helms-Burton, por ejemplo<sup>14</sup>) la agenda de la publicación deja de coincidir con la política dictada por Washington, o con los intereses de la neoderecha norteamericana de origen cubano<sup>15</sup>. Acaso la eficacia de *Encuentro* a la hora de cristalizar una versión de Cuba capaz de dominar el sentido común contemporáneo no es poca: uno de sus mayores logros pasa por haber consolidado una suerte de *doxa* del discurso anticastrista. Delineando así el corpus del género, la revista fantasea con una Cuba sin Fidel; se deleita con la imagen de una Miami exitosa y económicamente próspera; representa a todo emigrado cubano como si se tratara de un exiliado político; construye una red de racionalidad y continuidad ideológica con la llamada "disidencia interna", sus "periodistas independientes" y la "sociedad civil emergente"; y denuncia la represión o violación de derechos humanos en la isla al mismo tiempo que no reprime la ansiedad con la que siente la inminencia de la caída del socialismo y la transición "natural" y "pacífica" de Cuba al capitalismo.

"Actos de denuncia profética", el modelo que propone *Encuentro* hay que buscarlo en esa "pretensión de superarlo todo y conservarlo todo" (315), en ese afán de "reconciliar la plenitud del individuo con la inquietud crítica del intelectual" (317) que Bourdieu llama "el sueño del mandarín" (por el doble deseo de "vivir como un burgués y pensar como un semidiós" [24]). Mediante el cuestionamiento crispado a la revolución, los colaboradores de *Encuentro* buscan alcanzar una doble legitimación –legitimación de sí mismos como intelectuales "independientes" del campo de poder, por un lado, y legitimación simultánea como intelectuales llamados a encarnar y rescatar a la nación cubana cautiva, por otro–, poco más o menos ésta es la fórmula imposible de relación que aspiran ingenuamente a establecer con y por Cuba, hacia adentro y desde afuera, en plena pos-Guerra Fría. Al tomar distancia respecto a las posiciones oficiales de la revolución y apelar al mismo tiempo a un discurso del "diálogo" y la "conciliación", el grupo quiere garantizar para sí el título de virtud democrática al mismo tiempo que pretende dejar intacto su derecho de libre adhesión y autonomía frente al estado, sea el cubano o (sobre todo) el gobierno norteamericano.

En el reto de sustituir una metáfora (Revolución) por otra (Democracia)<sup>16</sup>, las guerras del lenguaje que desvelan a *Encuentro* buscan, desde una lógica de fines y medios, el conflicto más que la comunicación: ratificar la diferencia en lugar de convocar al diálogo. Como "el otro" (político) está cerca (la ansiedad de esa cercanía la proyecta el "Yo fui ellos" de Jesús Díaz), la revista de "los herederos de la Revolución y del Exilio" necesita actuar (o sobreactuar) la diferencia.

Doblemente cautiva entre la ilusión de la comunicación y el melodrama de la diferencia, entre la prédica de la reconciliación y el culto a la oposición, el trabajoso equilibrio por el que debe transitar *Encuentro* es un camino saturado de contradicciones. Lo cierto es que los mitos unificadores para consumo masivo que la revista construye están lejos de orientarse "hacia el entendimiento [que] conduce a un acuerdo" del que hablaba Habermas, nombre tutelar de su ideología editorial (453). Mucho más cerca está sin duda de la imposibilidad de ir más allá del diferendo, esa figura jurídica que habla de una lucha épica entre dos regímenes de verdad que se auto-excluyen porque no existe ni ley ni tribunal capaz de zanjar la alteridad radical que los vincula. Y a medida que se profundiza la diferencia, *Encuentro* insiste en ritualizar su condición de víctima, una suerte de lugar de afuera desde el que sigue una y otra vez actuando la rutina de decir su daño.

#### NOTAS:

- 
1. La historia del lanzamiento de *Encuentro* se remonta a 1994, año de la realización de *La Isla Entera* donde se reúne un grupo de escritores y críticos literarios cubanos de "adentro" y "afuera" de la isla. Presidido por Gastón Baquero, el seminario convocó en Madrid a muchos de los futuros colaboradores de *Encuentro*: Manuel Díaz Martínez, Rafael Alcides, Felipe Lázaro, José Prats Sariol, Jorge Luis Arcos, Efraín Rodríguez Santana, César López, Heberto Padilla, Enrique Saínez, Pío E. Serrano, José Kozler, José Triana, Reina María Rodríguez y Nivaria Tejera. "La cultura nacional es un lugar de encuentro" (*Encuentro*, 1: 4) fue la frase de Baquero que inspiró el nombre de la revista. Jesús Díaz, recién llegado de Berlín donde se había exilado en 1991, figuraba entre los asistentes. Junto a Annabelle Rodríguez, Gastón Baquero y Pío E. Serrano, dio entonces los primeros pasos para fundar la revista que dos años después se convertiría en *Encuentro de la cultura cubana*.
  2. Cubiertamente financiada por la CIA, *Encounter* fue, según Coleman, "la más valiosa" de las publicaciones dependientes del Congreso por la Libertad de la cultura (59). Con extensa circulación en Inglaterra, Estados Unidos, Asia y África, Saunders la caracteriza como: "Promiscua en su atención a los temas culturales, curiosamente silenciosa, o simplemente oscura en cuanto a muchos asuntos políticos. En todos los casos era resueltamente ideológica, con el pensamiento anticomunista de la Guerra Fría" (327).
  3. Otra de las revistas lanzadas por el Congreso por la Libertad de la Cultura para enfrentar la "cuestión cubana", *Mundo Nuevo* "erigió un discurso monumental en torno a la libertad intelectual y en nombre de esta última rechazó – al menos teóricamente– toda forma de 'partidismo' político o 'compromiso' de tono sartreano" (Mudrovcic: 169).
  4. *Encuentro* se publica cuando desde Cuba se estaban realizando esfuerzos visibles para establecer una comunicación con la intelectualidad cubana resi-



---

dente en el extranjero. *Contra viento y marea*, el testimonio colectivo del Grupo Areíto, recibe el Premio Casa de las Américas en 1978; *Palabras juntas revolución* de Lourdes Casal lo recibe en 1981; la Editorial Letras Cubanas publica *El monte* de Lydia Cabrera; se realizan seminarios como “La Nación y la emigración”. La isla reaccionó ante lo que juzgó el oportunismo histórico de la revista: “*Encuentro*, en realidad –concluye la investigación de García Miranda que publica *La Jiribilla*– pretende sabotear los vínculos entre la Isla y la emigración y, en todo caso, al no poder detenerlos, desviarlos de su cauce normal, desnaturalizándolos y transformándolos en un nuevo instrumento de agresión contra Cuba” (sec. 13). Ciertamente el lanzamiento de *Encuentro* recalienta los circuitos entre Cuba y el exilio y conduce a una rápida militarización de la cultura cubana.

5. Una sección privilegiada donde *Encuentro* establece la red de adhesiones literarias es la sección “Homenajes” que, según declara la política editorial de la revista, “salta cualquier barrera geográfica e ideológica y subraya lo trascendente: su aporte a nuestra cultura”. Entre otros, la publicación rindió “Homenaje” a Tomás Gutiérrez Alea, Gastón Baquero, Eliseo Diego, Luis Cruz Azaceta, Fina García Marruz, Julio Miranda, César López, Manuel Moreno Fraguinals, Antón Arrufat, Heberto Padilla, Abelardo Estorino José Triana, Virgilio Piñera, Antonio Benítez Rojo, Nicolás Quintana, Lorenzo García Vega, Jesús Díaz y “a la vilipendiada generación de Mariel”.
6. La ansiedad de nuevo converso no abandona el discurso público de Jesús Díaz: “Quien esto escribe –confiesa el director de la revista en el número 6– estuvo entre los que asistieron a la terrible experiencia [la revolución]; apoyándola primero, y absteniéndose después, por confusión y miedo, antes de llegar a comprenderla y combatirla. Tampoco es éste el lugar para analizar las sinrazones de mi convicción, ni las razones de mi confusión o de mi miedo. Pero quiero decir públicamente que pasé por esos tres terribles estados de ánimo y que por ello entiendo a los que una vez estuvieron convencidos, a los confusos y a los atemorizados. Yo fui uno de ellos” (206).
7. En “¿Por qué molesta *Encuentro*?” Rafael Rojas defiende la revista ante el giro que toma a partir del número dedicado a Miami: “¿Acaso son signos de ‘derechización’ las colaboraciones de algunos reconocidos intelectuales, como Carlos Alberto Montaner, Enrico Santí, Vicente Echerri o Jaime Suchlicki, quienes a veces rozan argumentos de una derecha sutil y democrática? Falso. ... una derecha civilizada y flexible es una posición imprescindible de cualquier debate nacional que se respete”.
8. Sigo acá la periodización que propone García Miranda. *Encuentro* también habla de dos épocas de la revista: la época dirigida por Jesús Díaz (1996-2002) que se caracteriza, según Jorge Luis Arcos, “por un contrapunto intelectual” (211), una política de no-confrontación con Cuba y la adopción del slogan “la cultura cubana es una”. Y una segunda época (2002-presente) que, coincidiendo con la muerte de Jesús Díaz y la nueva dirección de Manuel Díaz Martínez y Rafael Rojas, se caracteriza por su militancia abierta y agresiva contra Cuba.
9. La celebración de Miami como “muestrario de lo que podemos hacer los cubanos bajo estructuras y leyes que favorecen la libre circulación mercantil y la

---

inventiva empresarial” (161) forma sin duda parte del imperativo desdemonizador del que se hace cargo la revista.

10. En “Financiación, totalitarismo y democracia” que aparece en *Encuentro en la red* se narra de la siguiente manera la expansión del proyecto editorial originario: “En el 2000 concebimos un nuevo proyecto: publicar un periódico digital que recogiera diariamente la temática de actualidad referida a asuntos cubanos. Literatura, humor, política, deporte y música, entrelazados con artículos de opinión y un noticiero que ofreciera el panorama más amplio posible. Este proyecto obtuvo el apoyo de la Fundación Ford y The Open Society Institute. Con estos fondos pudimos montar y equipar una oficina que albergaría tanto la redacción de la revista *Encuentro de la cultura cubana*, como la del periódico *Encuentro en la Red*. Las subvenciones concedidas a la revista no consideraban el pago de las colaboraciones publicadas, como suele suceder en casi todas las publicaciones académicas y literarias. Sólo excepcionalmente se han efectuado pagos que, por su austeridad, bien se podrían calificar de simbólicos. El periódico digital, en cambio, requería un compromiso de trabajo regular y constante de un grupo estable de colaboradores, con los que se tenía que conformar a diario su contenido. Tanto por esta razón, como por el coste de la elaboración, actualización y mantenimiento del soporte informático, el presupuesto necesario se incrementó sensiblemente.”
11. Si se habla del efecto amplificador de la propaganda anticastrista, hay que mencionar la relación casi-orgánica entre *Encuentro* y el periódico español *El País*, perteneciente al conglomerado PRISA, uno de los holdings más influyentes en el terreno de la información y comunicación en español. El tema fue investigado, entre otros, por Lagarde, Maira y Serrano.
12. En “La Cuba posible” aparecida en el número 4/5, Marifeli Pérez-Stable escribe haciéndose eco de esa ansiedad tan propia que irradia la revista: “A medida que la caída del régimen actual se hace más inminente, el tema de la responsabilidad de los intelectuales en su formación, apoyo y mantenimiento se vuelve más urgente” (188).
13. Consultar también los excelentes trabajos de Iroel Sánchez y M.H.Lagarte (2003b).
14. La revista se opone al bloqueo y en esto se distancia del exilio histórico o miamense. Jesús Díaz es categórico en su toma de posición: “yo puedo expresar aquí mi oposición total a la Helms-Burton, luchar contra ella y sostener que constituye, paradójicamente, la hoja de parra del castrismo” (1999: 7-8).
15. *Encuentro* insistió en defender su “independencia” en relación a la agenda política norteamericana. En “Financiación, totalitarismo y democracia”, por ejemplo, afirma: “*Encuentro* ha dado cabida, a lo largo de sus 29 números, a numerosos textos que cuestionan la política norteamericana, tanto hacia Cuba como hacia el resto del planeta, textos que critican el escoramiento hacia la derecha en diferentes ámbitos y otros que diseccionan con rigor políticas europeas, e incluso ha acogido textos que censuran a la propia revista, y no sólo entre las cartas de los lectores, algo usual en las publicaciones de países democráticos”.
16. Utilizo acá la retórica sugerida en “La carta que nunca te mandé” donde Elizabeth Burgos define la tarea de *Encuentro de la cultura cubana* como el des-

tronamiento de una metáfora: “¿Cómo sustituir a una metáfora? Es el reto que enfrenta *Encuentro*” (61).

## BIBLIOGRAFÍA:

- Agee, Philip. “La sociedad civil y los disidentes”. *La Jiribilla* 131 (8 Nov. 2003) [http://www.lajiribilla.cu/2003/n115\\_07/115\\_01.html](http://www.lajiribilla.cu/2003/n115_07/115_01.html)
- Angenot, Marc. *La parole pamphétaire. Typologie des discours modernes*. Paris: Payot, 1982.
- Añel, Armando. “Carlos Montaner: abrir las compuertas de la creatividad”. *Encuentro en la red* (8 Abri. 2002). <http://arch.cubaencuentro.com/entrevista/2002/04/08/5720.html>
- Arcos, Jorge Luis. “Diez años de Encuentro de la cultura cubana”. *Encuentro de la cultura cubana* 40 (2006): 209-14.
- Armengol, Alejandro. “Miami es miamense y es más y es una feria”. *Encuentro de la cultura* 33 (2004): 163-70.
- Beverly, John y David Houston. “Una utopía degradada: notas sobre Miami”. *Heterotropías*. Carlos Jáuregui y Juan Pablo Dabove, eds. Pittsburgh: Instituto de Literatura Latinoamericana, 2003. 419-45.
- Blum, William. “The United States, Cuba and this thing called Democracy”. [http://www.iefd.org/articles/us\\_cuba\\_democracy.php](http://www.iefd.org/articles/us_cuba_democracy.php)
- Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- Broder, John M. “Political Meddling By Outsiders: Not New for U.S.” *NYT* (Mar 31 1997): Section A, 1.
- Burgos, Elizabeth. “La carta que nunca te mandé”. *Encuentro de la cultura cubana* 25 (2002): 51-61.
- Castro, Raúl. “Fragmento del Informe del Buró político presentado por Raúl Castro”. *Encuentro de la cultura cubana* 1 (1996): 18-24. (Reproducido del periódico *Granma*, 27 de marzo de 1996).
- Cavell, Colin S. *Exporting ‘Made-in-America’ Democracy*. Maryland: University Press of America, 2002.
- Chomsky, Noam. *Necessary Illusions*. Boston: South End Press, 1998.
- . *Rogue States. The Rule of Fore in World Affairs*. Cambridge: South End Press, 2000.
- Clark, William. “Philanthropic Imperialism: The National Endowment for Democracy” <http://www.iefd.org/articles/philosophical-imperialism.php>
- Conry, Barbara. “Loose Cannon: The National Endowment for Democracy”. *Cato Foreign Policy Briefing No.27* <http://www.cato.org/pubs/fpbriefs/fpb-027.html>
- De Aragón, Uva. “El rostro oculto de Miami”. *Encuentro de la cultura cubana* 18 (2000): 76-81.
- Derrida, Jacques. *Políticas de la amistad*. Madrid: Editorial Trotta, 1998.
- . *Rogues: Two Essays on Reason*. Stanford: University of Stanford Press, 2005.
- Díaz, Jesús. “Introducción”. *Encuentro de la cultura cubana* 18 (2000): 7-8.
- . “El fin de otra ilusión”. *Encuentro de la cultura cubana* 16/17 (2000): 106-19.
- . “Cuba: 170 años de presencia en Estados Unidos”. *Encuentro de la cultura cubana* 14 (1999): 4-11.
- . “Otra pelea cubana contra los demonios”. *Encuentro de la cultura cubana* 6 (1997): 200-11.

- 
- “Financiación, totalitarismo y democracia”. *Encuentro en la red* (20 Jun. 2003) <http://arch1.cubaencuentro.com/editoriales/20030620/aff7a9642969ae3ee7481580e903b5e2/4.html>
- Fornet, Ambrosio. “Jesús en la memoria”. *Encuentro de la cultura cubana* 25 (2002): 42-50.
- Fukuyama, Francis. “After Neoconservatism”. NYT (19 de febrero de 2006) <http://www.nytimes.com/2006/02/19/magazine/neo.html>
- García Miranda, José Antonio. “Encuentros, desencuentros”. *La Jiribilla* 50 (2002) [http://www.lajiribilla.cu/2002/n50\\_abril/1285\\_50.html](http://www.lajiribilla.cu/2002/n50_abril/1285_50.html)
- Habermas, Jürgen. *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid: Tecnos, 1995.
- Hernández, Rafael. “¿Elefantes en la cristalería? *Encuentro de la cultura cubana* 3 (1997): 136-40. (Reproducido de *La Gaceta de Cuba* 5 (1996))
- Isal Wilfredo Cancio. “Variaciones de Miami”. *Encuentro de la cultura cubana* 33 (2003): 160-63.
- Jáuregui, Carlos A. y Juan Pablo Dabove (Eds.) *Heterotropías: narrativas de identidad y alteridad latinoamericana*. Pittsburgh: Instituto de Literatura Latinoamericana, 2003.
- Lagarde, M.H. “La ‘nueva’ posición de *El País*”. *La Jiribilla* 119 (2003a): [www.lajiribilla.cu/2003/n119\\_08/elpais.html](http://www.lajiribilla.cu/2003/n119_08/elpais.html)
- . “W. Bush con los financistas de *Encuentro*” *La Jiribilla* 131 (2003b): [http://www.lajiribilla.cu/2003/n131\\_11/131\\_29.html](http://www.lajiribilla.cu/2003/n131_11/131_29.html)
- Leyva Martínez, Ivette. “Revistas literarias: Desafiando los rigores del páramo”. *Encuentro de la cultura cubana* 18 (2000): 155-12.
- Maira, Antonio. “Cuba en El país de falsimedia”. *La Jiribilla* 121 (2003): [http://www.lajiribilla.cu/2003/n121\\_08/121\\_15.html](http://www.lajiribilla.cu/2003/n121_08/121_15.html)
- Miller, Toby y George Yúdice. *Cultural Policy*. London: SAGE Publications, 2002.
- Monsiváis, Carlos. *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Mudrovcic, María Eugenia. *Mundo Nuevo: Cultura y Guerra Fría en la década del 60*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1997.
- National Endowment for Democracy. 1998 Annual Report. Latin American and the Caribbean Highlights. <http://www.ned.org/publications/98annual/la98.html>
- Pérez-Stable, Marifelli. “La Cuba posible”. *Encuentro de la cultura cubana* 4/5 (1997): 188-90.
- “Presentación”. *Encuentro de la cultura cubana* 1 (1996): 3.
- Raman, B. “National Endowment for Democracy of US”: [http://www.iefd.org/articles/ned\\_pf\\_us.php](http://www.iefd.org/articles/ned_pf_us.php)
- Reagan, Ronald W. “Address to Members of Parliament, June 8, 1982”. *Weekly Compilation of Presidential Documents* 23.18 (1982): 764-70.
- Rojas, Rafael. “La relectura de la nación”. *Encuentro de la cultura cubana* 1 (1996): 42-52.
- . “El intelectual y la revolución”. *Encuentro de la cultura cubana* 16/17 (2000): 80-88.
- . “La filosofía del como sí”. *Encuentro en la red* (9 Abr. 2001): <http://arch.cubaencuentro.com/lamirada/2001/04/09/1870.html>
- . “¿Por qué molesta *Encuentro*?” *Encuentro en la red* 175 (3 Ag. 2001). <http://arch.cubaencuentro.com/opinion/2001/08/03/3413.html>
- . “Somos hijos de la Revolución y del Exilio” *Encuentro en la red* (26 Nov. 2002) <http://arch.cubaencuentro.com/entrevista/2002/11/26/10891/1.html>
- Sánchez, Iroel. “De Valencia a Babelia: ¿Un viaje en primera clase? *Casa de las Américas* 246 (2007): 114-16.

- 
- Sanders, Ken. "Imperialists in Democratic Clothing". *Politics of Dissent* (7 Oct. 2005). [http://www.thitdworldtraveler.com/CIA/Bush\\_and\\_NED.html](http://www.thitdworldtraveler.com/CIA/Bush_and_NED.html)
- Sarlo, Beatriz. *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007.
- Saunders, Frances. *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Arts and Letters*. New York: New Press, 2000.
- Serrano, Pascual. "Cómo financia el gobierno de Estados Unidos al anticastrismo europeo" *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=41472>